

Javier Peteiro Cartelle, *El autoritarismo científico*, [Málaga], Miguel Gómez Ediciones, 2011, 205 pp., ISBN. 978-84-88326-78-2.

JAIME GORDO SÁNCHEZ

El libro *El autoritarismo científico* plantea un debate necesario en torno al proceso que ha llevado a la ciencia a convertirse actualmente en discurso único, analizando los efectos de este proceso a nivel social y en la subjetividad contemporánea. Hay que destacar que el autor, un reconocido científico de las llamadas ciencias duras (Doctor en Medicina y jefe de la sección de Bioquímica del Complejo Hospitalario Universitario de A Coruña), posee un conocimiento profundo de la teoría y la metodología científica, al mismo tiempo que es un gran conocedor de la historia y de la filosofía de la ciencia. Esto le permite moverse por el territorio del detalle en el abordaje de cuestiones referentes a la historia de la ciencia y afrontar con perspicacia la relación de la ciencia con otros campos del saber. Precisamente, deshacer el mito contemporáneo de la ciencia como única forma de acceso al saber es el objetivo de este libro. La tesis fundamental es que la perversión de la visión científica del mundo que pretende hacer de la ciencia el único referente en unión al mercado, da lugar a un monstruo. A esta perversión él la llama científicismo y la caracteriza por colocar a la ciencia en el lugar del saber absoluto y sin límites. El científicismo que es el hilo conductor de toda la reflexión del libro confluiría en definitiva con la religión. El libro es un análisis y una crítica de la mirada científicista y de su engarce con la lógica capitalista. Para el autor la ética del desarrollo científico es la ilustración y sólo desde el distanciamiento crítico puede frenarse la alienación que supone el científicismo.

El texto comienza con un capítulo dedicado al estudio del surgimiento de la ciencia. Para el autor el gran valor de la ciencia es el de dar una visión objetiva y ampliada de lo existente. La historia de la ciencia es fascinante y sorprende el corto recorrido temporal en el que se ha desarrollado. Peteiro analiza la evolución de la ciencia desde la fase precientífica hasta la ilustración, momento en el que comienza la divulgación científica y la especialización, mostrando un ingente conocimiento de los entresijos de dicha evolución. Esto le permite ir de la anécdota a los momentos fundamentales. La conclusión de este recorrido es que no hay sólo una ciencia sino ciencias.

La rapidez con la que ha sucedido el desarrollo científico parece alimentar la idea de que la ciencia podrá resolver todos los enigmas del ser humano. Particularmente el desarrollo de las últimas décadas parece sugerir un progreso del conocimiento científico sin límites y sin embargo estos existen. El autor se detiene en los distintos planos donde estos límites han sido demostrados, rompiendo el sueño de Leibniz de entender el mundo por mecanismos meramente lógicos: en el campo de las matemáticas con el teorema de Gödel que plantea lo ineludible de la incompletud en cualquier demostración; en el terreno de la teoría cuántica con las relaciones de incertidumbre de Heisenberg que plantean un límite infranqueable para el conocimiento humano y en el campo de la biología que se enfrenta con la imposibilidad de definir lo que es la vida y con el carácter contingente de la misma. El autor hace un análisis riguroso y pormenorizado de los puntos límite de estas ramas de la ciencia y concluye que la ciencia ni es ni será nunca omnisciente, nunca lo sabrá todo. Reservar la existencia de este límite estructural, que tiene que ver con los límites del lenguaje, es para el autor una garantía para que la propia ciencia no derive hacia el cientificismo.

El segundo capítulo está dedicado a diferenciar entre ciencia y falsas ciencias. Estudia las particularidades de la pseudociencias y desarrolla su concepción del cientificismo. En principio cabría distinguir entre ciencias duras y ciencias blandas en función de la capacidad predictiva o no de las mismas. Por otra parte están las falsas ciencias donde incluiría el creacionismo y la homeopatía respecto a la cual es categórico. Las pseudociencias apuntan a lo irracional y en su modo de construcción teórica solo existe una repetición de contenidos sin réplica metodológica. Por otra parte el cientificismo es la doctrina según la cual la ciencia es la única posibilidad de conocimiento. La conclusión sorprendente a la que llega el autor es que hay un elemento común entre cientificismo y pseudociencia: la ausencia de un método riguroso en el que basar sus afirmaciones. De este modo, mientras el conocimiento de las pseudociencias está congelado, el cientificismo asegura constantes descubrimientos transcendentales, especialmente relacionados con la concepción del ser humano. Lo más interesante del capítulo es el modo mediante el cual el autor resuelve la problemática de las llamadas ciencias humanas. Si no concebimos éstas como pseudociencias ni queremos caer en el cientificismo, el autor se pregunta a que término recurrir. Para él el más apropiado es el de teoría. La teoría es una actividad del entendimiento humano que sirve para comprender el mundo. Para abordar esta problemática analiza tres teorías de muy diversas características: la teoría de la relatividad, la teoría de la evolución y el psicoanálisis. La primera tendría un alto grado de predicción; la segunda está avalada por datos empíricos aunque carece de poder de predicción; la tercera es difícilmente contrastable con datos empíricos pero permite un acercamiento coherente e intelectualmente satisfactorio a la mente y la subjetividad.

Después de abordar la relación entre pseudociencias y cientificismo el autor se introduce, en el capítulo tercero, en la temática de los efectos del cientificismo sobre la cuestión del sujeto. Particularmente interesante resultan las páginas dedicadas a la deriva cientificista de la Psicopatología y la Psiquiatría. En este campo es donde resulta más evidente el abuso del biologicismo extremo y de la psicometría. Este reduccionismo vendría, en definitiva, a equiparar lo psíquico a lo neurológico y este a lo genético con lo que esto supone de eliminación del campo de lo subjetivo. El autor se detiene en analizar cómo este discurso desemboca finalmente en el simplismo del pensamiento positivo y cómo desde este cientificismo se da el salto hacia la explicación de cuestiones trascendentes de la experiencia humana como la pregunta por el sentido de la vida, la religión o el pensamiento filosófico. En su opinión, el resultado no puede ser más catastrófico.

En el capítulo cuarto se desarrolla otra de las cuestiones centrales del libro, la relación de la ciencia con el mercado. El recorrido histórico muestra como hemos pasado de una época científica a otra marcada por la íntima relación con el mercado. La ciencia ha perdido su carácter de aventura ante la profesionalización creciente de la actividad investigadora. Este inevitable proceso tiene ciertos efectos colaterales peligrosos como el de convertir la bibliografía en un producto y el cuestionable valor de impacto. Otros efectos perversos para el autor son los abusos de la industria farmacéutica y de las patentes. Por otra parte, una vez más, en el campo de lo psíquico se reduce este a lo somático y se pretende psicopatologizar el malestar de la vida cotidiana para encontrar nuevos mercados de productos farmacéuticos.

El capítulo quinto se centra en otro de los cambios que en la ciencia parecen producirse en los últimos tiempos: la desaparición de lo azaroso, el privilegio de lo programado. Efectivamente la ciencia parece haber abandonado el territorio de lo contingente y su progreso actual parece cifrarse únicamente en lo incremental. El autor hace una defensa de la necesidad contraria. No puede dejarse de lado la vertiente subjetiva del deseo de saber y la curiosidad científica, al fin y al cabo, la ciencia arraiga sus raíces en lo inconsciente del científico. Contrariamente a lo que se da por supuesto, Peteyro demuestra como los grandes descubrimientos no han nacido de una planificación fría hacia un objetivo. Lo contingente y lo subjetivo juegan un papel central en el progreso científico y el encorsetamiento en lo programado es una vertiente más del cientificismo, que al fin y al cabo se convierte en una barrera para el desarrollo de la propia ciencia. Resulta interesante la aproximación que el autor hace a la ciencia como un proceso evolutivo similar al biológico donde con frecuencia se dan “mutaciones” en forma de hallazgos o ideas geniales que pueden ser seleccionadas o no. Esta perspectiva supone rescatar el lugar para lo subjetivo y el pensamiento a la hora de concebir el progreso científico. Nos encontramos con una gran dificultad para los investigadores y los políticos a la hora de admitir esta dimensión contingente en la investigación y, sin

embargo, la historia de la ciencia demuestra, paradójicamente, que la investigación básica reporta más aplicaciones que la aplicada. Esta última cuestión permite al autor entrar a analizar el tema de las tecnociencias.

Finalmente en el capítulo sexto el autor recopila y analiza las distintas vías por las que el discurso científico se está convirtiendo en único y los efectos subjetivos de las tecnociencias y la creación de mundos virtuales. Este discurso se muestra también en el éxito y la difusión de términos como el de gestión o calidad, palabra esta última tomada de la industria, que está actualmente en todas partes, y que ha pasado de significar algo bien hecho a sostener un entramado burocrático. El cientificismo eliminaría también los límites hasta el punto de negar la muerte como se postula en proyectos tan delirantes como el transhumanismo de Kurzweil.

Finalmente el autor plantea que frente a estos cambios no existe debate político. Y, sin embargo, las preguntas filosóficas fundamentales del ser humano siguen abiertas y lo estarán siempre. Relaciona el miedo a estas preguntas con el tema del totalitarismo. Este tendría que ver con el temor a la libertad y a la responsabilidad que es condición de ella. El cientificismo ofrecería así seguridades, pero explicando lo humano de un modo reduccionista eliminaría la temida libertad. Termina rescatando las más destacables virtudes de la ciencia pero insistiendo en que hacer de la ciencia la única noticia es caer en la ignorancia más brutal y llevar a esta al terreno contrario al de las luces, paradójicamente, al oscurantismo precientífico.

En definitiva se trata de un libro valiente, tal vez excesivamente tajante en algunos planteamientos, pero que de un modo acertado y riguroso pone en conexión temáticas de actualidad e invita a una reflexión ineludible.